

DOS VOCES COMPROMETIDAS DEL MUNDO CLÁSICO: CICERÓN Y SÉNECA

ANA HERRERA

Hace un tiempo cayó entre mis manos un libro que contenía los diálogos sobre la vejez y sobre la amistad, “Laelius o De Amicitia”, de Marco Tulio Cicerón, el primer humanista de Roma, maestro de la oratoria, defensor de la justicia, de la ley y de la república romanas. Nació en el año 106 a J.C. en Arpiño, pequeña ciudad de La Campania italiana. “De Amicitia” fue escrita en el año 44 a J.C. cuando Cicerón contaba 62. Fue el año de su vida de mayor fecundidad, ciertamente asombrosa, en cuanto a producción literaria-filosófica. Tal era el respeto y la admiración que despertaba que César, pese a sus desavenencias políticas, lo trataba de “Cicerón imperator” y fue apodado “pater patriae”, padre de la patria.

Tras el asesinato de César, se firmó uno de los pactos más ignominiosos para la historia de Roma: Antonio, Lépido y César Octavio acordaron repartirse el imperio y asesinar a dos mil hombres de entre los más poderosos de la ciudad. El final de la lista lo cerraba el nombre de Cicerón. Cuenta Stefan Zweig en “Los momentos estelares de la humanidad” que, tras su muerte, le cortaron las manos y la cabeza y que ésta fue expuesta en la tribuna de los oradores, la misma desde la que Cicerón pronunciara sus inmortales discursos en vida. Continúa Pedro Font Puig, en su prólogo a la obra que referimos, que la cabeza fue enviada a Fulvia, esposa de Antonio, la cual la coge en sus manos, la pone entre sus rodillas, le estira la lengua y la atraviesa con una aguja. Pobres necios sus asesinos y Fulvia, pobre necia, si con ello creyeron que matarían la libertad de pensamiento. Seguramente consiguieron sus fines inmediatos, pero

nunca conseguirían borrar al clásico, lo esencial humano de un filósofo, de un escritor que, aún hoy y siempre, seguirá proyectando un hálito de actualidad sobre sus palabras bimilenarias.

Sólo César Octavio se hizo al final con el poder cambiando el curso de la historia de Roma al nombrarse emperador. Muchos años después encontró a un nieto suyo leyendo una obra de Cicerón. El niño, al verse sorprendido por el abuelo, rápidamente la ocultó. Y Octavio se la devolvió al muchacho diciendo: “Era un hombre docto, hijo mío, docto y buen patriota”.

Para que podamos hacernos un alcance de la grandeza de este hombre, sólo bastaría leer la citada obra, en la que el propio Cicerón, bajo el nombre de Lelio, dialoga con sus yernos, Fanio y Escévola, sobre el valor de la amistad. En ella nos exhorta a que antepongamos la amistad a todas las cosas humanas. Insiste en que sólo puede haber amistad entre los buenos y manifiesta su superioridad sobre el parentesco. ¿Qué cosa más dulce que tener con quien te atrevas a hablar de todo igualmente que contigo? ¿Cómo disfrutarías tanto en las prosperidades si no tuvieras quien de ellas se alegrase igual que tú mismo? También comunicando las adversidades al amigo se hacen éstas más llevaderas. Nunca debe uno pretender de un amigo algo que no sea recto, ni concederlo. Expone su deseo de servir y dar consejos al amigo. Que sean comunes entre amigos las costumbres, pareceres y voluntades. Entre las amistades hay que elegir a las firmes, estables y constantes. Hay también cierta desventura a veces necesaria en tener que deshacer una amistad, pero nada es más vergonzoso que hacer guerra a aquel con quien se vivió amistosamente y, por tanto, hay que evitar que las amistades se conviertan en enemistades de las cuales nacen querellas, injurias y ultrajes. Primero hay que ser bueno antes de pretender la bondad en los amigos. La amistad no ha de ser compañera de vicios, sino auxiliadora de virtudes. La amistad es la única cosa entre los

humanos acerca de cuya utilidad todos a una voz consienten. Entre amigos hay que decir aún aquella verdad que amonesta y reprende: que el que amonesta lo haga con libertad, no con aspereza, y que el otro lo reciba con paciencia, no con disgusto. La adulación y la lisonja son vicios de hombres falaces que todo lo dicen para complacer y nada para decir la verdad.

En conclusión, la amistad está expuesta a muchos peligros – riquezas, poder, placeres, honores – y no deriva de la necesidad o la utilidad, sino de la naturaleza. La virtud es la que concilia amistades y las conserva y cuando se descubre su luz y se ve y se reconoce en otro, se recibe el resplandor que otro posee, con lo cual se enciende el amor y la amistad, pues una y otra palabra son derivadas de amar: tener dilección por aquel a quien ames sin buscar utilidad; la cual, sin embargo, florece de la amistad aunque tú no la hayas buscado.

COMPENDIO DE LA “CONSOLATIO A HELVIA”

“Muchas veces, oh madre excelente, he sentido impulsos para consolarte, y muchas veces también me he contenido”.

Lucio Anneo Séneca fue un filósofo, político, orador y escritor romano, conocido por sus obras de carácter moralista. Pasó a la historia como el máximo representante del estoicismo y moralismo romano tras la plena decadencia de la república romana. Llamado Séneca el Joven, nació en Córdoba en torno al año 4 a.C. y murió en Roma en el 65 d.C.

A través de la “Consolatio a Helvia”, Séneca expresa el más puro compromiso moral para con su madre, fruto de un amor incondicional.

Varias son las razones que tiene Séneca para consolar a su madre y varias también las razones que lo llevan a pensar en no hacerlo. Desde su cuna fueron innumerables las pesadumbres que se juntaron para contrariar el ánimo sensible de Helvia. Quedó huérfana al nacer y creció al lado de su madrastra y de una hermanastra que fueron buenas con ellas, pero que, según el propio filósofo, nunca pudieron suplir el cariño natural de una madre. Siendo joven la casaron con un hombre mayor que ella, Marco Anneo Séneca, que se la llevó a vivir a Córdoba y la alejó de su familia y de la ciudad de Urgavo –actual Arjona- donde nació. La muerte le arrebató a su tío querido cuando menos lo esperaba, y poco después a su “queridísimo esposo”, como ella le solía decir. Entre sus brazos vio morir a su jovencísimo nieto, que no era otro que el propio hijo de Séneca. Veinte días después, el filósofo cordobés fue desterrado a la isla solitaria de Córcega acusado por Mesalina, esposa del emperador Claudio, de tener amores con la princesa Julia Livilla. Séneca se marchó sin despedirse de su madre y de ahí nació su pesar al saber que estaría sufriendo por su partida.

A continuación exponemos las distintas fases que componen el pensamiento de Séneca en esta obra:

Si se atreviera a escribirle una “Consolatio”, lograría contener sus lágrimas y cerrar sus heridas.

Si se contiene es porque no quiere encontrar un alivio prematuro, y porque piensa que es muy difícil consolar a alguien de los tuyos, de los que llevan tu propia sangre.

Por fin, decide consolarla pensando que si su madre nunca le ha negado nada, tampoco ahora le podrá negar la ocasión del consuelo. Y decide abrir todas sus heridas porque solo recordándole las adversidades por las que ha pasado desde su infancia, podrá recordarle también su fortaleza por haberlas superado y poder superar las del momento presente.

Le demuestra que nadie puede sentirse desgraciado en el destierro mientras esté en compañía de la naturaleza y de la virtud. El destierro no es penoso si no es ignominioso. No es desgraciado porque la prosperidad no eleva al sabio, así como la adversidad tampoco puede abatirle, porque el sabio crece dentro de sí mismo y busca en su interior toda su alegría. Y no lo dice porque él se considere un sabio, sino porque de ellos ha aprendido que siempre hay que permanecer de pie.

Por otra parte, la fortuna es como un enemigo que llega y derriba al que encuentra desprevenido. Solo el que vigila constantemente, el que está alerta, la vence sin trabajo.

Además, todos hemos nacido para la felicidad. Para vivir felices no se necesita grande aparato. Cada cual puede labrarse su dicha.

En cuanto a la pobreza del destierro, ésta no es penosa, porque los reveses solo abaten al ánimo engañado por los triunfos, las riquezas, los honores. El que no es esclavo de estos bienes pasajeros y engañosos no se aflige fácilmente. El que vive dentro de un palacio está más alejado del cielo que aquel que vive en humilde cabaña.

Continúa Séneca en sus argumentos para añadir que el cambio de lugar llega a ser una necesidad del espíritu para muchos, Y ya que el cambio y la traslación es una ley natural del universo, así también lo es de los hombres que llegan a tierras extrañas. ¡No es más feliz el hombre que hace de cualquier lugar su patria!

No hay motivo, pues, para que su madre derrame sus lágrimas y busque excusas en su condición de mujer, en su femineidad, en su maternidad, puesto que el equilibrio entre el cariño y la razón está en experimentar el dolor y dominarlo. Y tal como ha sido una mujer virtuosa, alejada de los vicios terrenales, así debe ahora mantenerse alejada de las debilidades de su sexo.

La anima, por último, a que encuentre alivio en sus otros dos hijos, Novato y Mela -el primero, que ha sabido conseguir honores, y el segundo que ha elegido una vida tranquila en la armonía y la paz del campo y entregado al cuidado de la madre-; en su gracioso nieto Marco, quien le ha de dar aún muchas alegrías; en su nieta Novatila, hija de Novato, huérfana como ella y que le ha de pedir, sin duda, muchos y variados consejos, sobre todo, en asuntos de amor; en los estudios, que tanto amaba y su “queridísimo esposo” le prohibió realizar temiendo que fueran malos para la moral de la mujer, pero que ahora le habían de servir para aliviar todo su sufrimiento; y, de manera especial, en la fortaleza y el cariño de su hermana, su más importante apoyo.

BIBLIOGRAFÍA

Ballesteros, R. M^a. (2001). Helvia. En M^a D. Ramos, M^a T. Vera & R. M^a Ballesteros (Coords.), *Mujeres de Andalucía* (p. 34). Sevilla: Junta de Andalucía. Consejería de Educación y Ciencias.

Cicerón, M.T. (1944). *De la vejez y de la amistad*. Barcelona: Bosch.
Traducción de Pedro Font Puig.

Font, P. (1944). Introducción. En *De la vejez y de la amistad* (pp. 5-20).
Barcelona: Bosch.

Séneca, L.A. (1999). *Consolación a Helvia*. Alicante: Biblioteca Virtual
Miguel de Cervantes. Recuperado de
[http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/consolacion-a-helvia--
0/html/ff0a3df8-82b1-11df-acc7-002185ce6064_1.htm#1](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/consolacion-a-helvia--0/html/ff0a3df8-82b1-11df-acc7-002185ce6064_1.htm#1) Traducción
directa del latín por Francisco Navarro y Calvo.

Zweig, S. (2002). *Momentos estelares de la humanidad*. Barcelona: El
Acantilado-64.